

Sobre Literatura Nacional

Luis M. Urbaneja A.

Ya estamos aquí: hoy como ayer venimos a abogar por el arte esencialmente americano. Nada nos falta para aspirar a un puesto en la literatura universal, sino un poco de buena voluntad.

No miremos hacia atrás. Escasa es nuestra herencia; y si tal hiciéremos, hagámoslo como aquel de nuestros héroes para legarnos un timbre glorioso: “*volvamos cara*”, para rasgar viejos prejuicios literarios.

En los comienzos de toda obra, se tiene que luchar con el indiferentismo y es éste entre nosotros un fardo enorme: cansados de sacrificios sin resultados, los luchadores van perdiendo la fe, llegando a su máximo cuando se trata de asuntos puramente científicos o literarios. No contemos pues, con apoyo en nuestra tarea, ni aún con el de los que se ocupan de literatura: que a sus ojos, por la índole misma de nuestra tendencia, hemos de aparecer retrógados, en estos hermosos días de pleno fanatismo por el ideal cosmopolita; pero no hay que desesperanzarse: es él una forma transitoria entre nosotros, en la que se verifica una manifestación del espíritu americano hasta ayer nulo, casi nulo en las modernas contiendas. Movimiento favorable a nuestro ideal es, sin embargo de sus rumbos diversos: sin guía, fluctúa en el tenebroso océano del pensamiento, esclavo de la trágica pesadilla del yo; fecundo tema, tan útil como difícil de explotar, y que en manos de sectarios trasnochados, degenera en mística enfermedad haciéndonos temer el reinado del claustro y la capucha. Lleva en sí mismo la muerte y morirá de consunción. Del inmenso naufragio, con los dispersos despojos, ha de construirse la nave salvadora, con pilotos experimentados en una época de crudos combates. Sí, los que hoy andan estropeando la idea para dar a la forma redondeces mórbidas, fingido nervio a frase muerta; y los otros, los que matan el verbo, el color, dando a las carnes la triste transparencia de los cirios, imagen de sus almas anémicas; esos descoyuntadores de cerebros que son la doliente caricatura de un estado de demencia de las almas, en no lejano tiempo buscarán nuestras filas huyéndole a la completa

anulación de su obra. Dejémosle hablar: a más de uno he oído decir: “Son hechos aislados, no es el producto de un movimiento intelectual; lejano está el triunfo del americanismo.” Embusteros, sabedlo: tenemos abuelos escasos, pero abuelos ilustres, inmortales; porque palpita en alguna de sus obras el alma tropical; lo bastante para asegurarles el porvenir. Desde los bancos escolares conocemos alguno, cuando a martillazos nos metían tapones de sintaxis, glorificado por ser, dado su tiempo, el autor de una de las mejores piezas de aquel género. Después saltan otros de menor cuantía. Con la cuestión del idioma, acúsase de corruptores, de asesinos del dialecto. Cuando sólo pedimos usar aquellos términos producto de nuestra vida, sancionados por la costumbre. Inaceptable demanda según ellos, pues creen al idioma capaz de hacer literatura cuando sólo es un medio. Véase si no cual sea en la escuela clásica española la causa de su parálisis y eso que las inyecciones intravenosas de doña Emilia se le van al corazón. Mientras duren en ese organismo articulaciones inamovibles, incapaz será de nueva vida.

Entre los varios adversarios del americanismo se encuentran los que consideran de mal gusto los asuntos nacionales. Menester es acabar con prejuicio tan fatal, pues ha malogrado a más de un escritor, entorpeciendo el desarrollo de la aspiración más legítima... ¿Acaso el buen gusto es patrimonio de determinados pueblos? No, todos los pueblos tienen un sentimiento artístico mas o menos desarrollado, según el origen de su civilización, sentimiento variable con las aspiraciones de la raza y con las modificaciones del medio físico y moral; así vemos lo opuesto del concepto de la Belleza, por cuya perfección trabajaron los antiguos pueblos: entre la Esfinge Egipcia, severamente endurecida y el Apolo Griego, donde el mármol toma las imperceptibles curvaturas de la carne, hay un abismo; y sin embargo, son legítimos ideales. Representan la belleza según el modo de sentir de ambos pueblos; el buen gusto de que eran capaces, cualidad esencial del individuo, variable con el grado de impresionabilidad del artista, relativo a la belleza, lo bastante para socavar el erróneo juicio de que lo artístico es patrimonio de determinados pueblos.

El mirar los patrios asuntos alejados del arte, siendo productos nuestros, es un defecto de mera interpretación debido a una ligera falta de sensibilidad al medio. Su origen se encuentra en la prolongada servidumbre de los autores a la clásica literatura española en más de las tres cuartas partes del presente siglo; tan servil, que llega a la imposición del

asunto; así vemos obras tratar de todo, menos de lo nuestro; hasta la leyenda, obra de la genialidad popular, al ser compaginada por esas autoridades, ha perdido el colorido. Para fortuna nuestra no vivirán y merecido se lo tienen por su falta de dignidad. Fue éste el único pendón invencible para los héroes, desde la ciudad de Montezuma a las riberas del Plata; pero si Ayacucho, Carabobo, Junín, no destrozaron junto con los batallones españoles las imposiciones del ingenio, fueron el semillero de la evolución social que debía echar por tierra la herencia de la Colonia a la República. No era obra de los héroes la completa libertad del espíritu, sino de los pensadores.

La servidumbre a la escuela clásica española, es una de las causas del llamado cosmopolitismo.

Cuando éste llega a la escena, nos encontramos en un instante bien crítico: la juventud reacciona contra los descendientes de los abuelos coloniales; acentúase dicho movimiento a proporción que el espíritu se va independizando, al ser trabajado por nuestras guerras intestinas y por el cruzamiento. Cuanto más se levantan del nivel común nuestros amados héroes, los resabios de la vida colonial se van en las brumas del origen. Mucho, mucho han debido sufrir las generaciones precedentes, los abuelos de los que hoy llevamos veinte años, teniendo ellos mismos y entre sí ideales completamente distintos, algunos de los cuales no se han podido vaciar en un molde uniforme. Grande debió de ser su pena cuando todavía nosotros llevamos en lo íntimo las dolorosas agonías de la patria, que con fiereza se lanza de tarde en tarde, a la conquista de ideales en los cuales cree apagar su insaciable sed de mejoramiento, sin tener en cuenta que su mal es producto de la fiebre desarrollada al fundirse elementos diversos en la fragua social. Y se comprueba esto siguiendo la marcha de la vida republicana. A la unificación del carácter cederá el mal interno. Así trabajados nos encuentra el llamado por algunos decadentismo y por otros cosmopolitismo; los cuales seguramente no conocen el origen, ni el ideal de ambas tendencias. Tenemos hoy sectarios de todas las entidades literarias europeas la mayor parte de los cuales no ha seguido a ningún autor en el estudio de la tercera parte de sus obras. Y es con todos esos vicios que se desarrollan tales tendencias, propicio es el medio: los guerreros descansan de sus largas fatigas, nos encontramos en una de esas grandes treguas en que se suceden a los asaltos guerreros los asaltos espirituales; bulle la juventud en los claustros universitarios, y la guerra no habrá de arrebatarse más a la ciencia, sus sacerdotes,

para ellos años atrás se ha dictado una ley librándolos de la cruenta obligación. Desea soñar, se encuentra sin compromisos literarios con el pasado; ni odia ni ama, porque el escepticismo no se ha hecho para sus almas; se necesita algo nuevo en donde gastar las energías latentes de un cerebro virgen, y no hay que desesperar; alguien ha dado aviso cayendo de hinojos ante un sol deslumbrador: lo brusco del cambio ofusca y la turba sin detenerse a examinar de donde viene tanta luz, se lanza más que todo a una gimnasia retórica y epistolar. Se ven surgir reputaciones y desaparecer con la misma prontitud; un artículo completamente exótico basta para ser consagrado: mas pronto el asunto escasea cayendo en lo ridículo y vienen los tormentos cerebrales; cunde el desaliento; en tanto la nueva aurora nos anuncia el porvenir. El genuinismo ha de imperar a costa de los adversarios del decoro americano.

Venid, pues, mis hermanos, con la flor espontánea de vuestras inteligencias. Asegurado está para nosotros el porvenir: en el presente nos toca ser incansables, trabajar con orden, observarlo todo y en el instante de escribir dejar obrar el temperamento. Dogmatizar es imposible en las literaturas nacientes; nada se pierde en las obras en común, pues a quien le falta aroma le sobran matices, para alguien el término medio, es la belleza relativa. Observación y sinceridad, he aquí nuestro único método.

Trabajemos.

Cosmópolis (Caracas) (10): 21-24, mayo de 1895.